

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DE
HOGAR

30
cts



INO ALCUBIERRE

EDICIONES BISTAGNE

**NOBLEZA
BATURRA**

4

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO I Francisco-Mario Bistagne NÚM. 13

Nobleza baturra

Comedia de costumbres aragonesas,
original del celebrado poeta y come-
diógrafo Joaquín Dicenta (hijo)



Edición La Nacional Films
SELECCIONES CAPITOLIO

de

S. Huguet

Provenza, 292. - BARCELONA

POSTAL - REGALO: GRETA GARBO

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Nobleza baturra

Argumento de la Película

AMORES Y AMORÍOS

En un pintoresco pueblo de la comarca aragonesa, colgado en la montaña como nido fantástico de águilas, y que por el otro lado desciende hasta tocar la rica vega, cuya tierra cuidan los batueros como a una buena y generosa madre, vivía María del Pilar, moza linda y alegre, al lado de su padre, el señor Eusebio, rico labrador de la comarca, ya entrado en años.

Sebastián, jornalero del señor Eusebio, seguía con amorosos ojos a la hija de su amo, al pasar ésta por cerca del lugar donde él trabajaba con otros maños.

María del Pilar, que en presencia de su padre parecía indiferente a las miradas del mozo, correspondía a ellas con sonrisas y coqueterías en cuanto el señor Eusebio se distraía.

—Mira, hija, qué hermoso está *to* esto—decíale su padre, mirando frente a sí la verde naturaleza.

María del Pilar corroboraba lo que le iba diciendo su padre, pero sus ojos no miraban hacia ninguna otra parte que no fuera la que le permitía ver a Sebastián y hacerle alguna seña cariñosa.

Con María del Pilar y el señor Eusebio atravesaba la vega la inquieta Filo, prima hermana de aquélla que, al quedar huérfana, fué recogida por el noble propietario.

Filo se encaramó a un árbol, con riesgo de romperse la crisma y, asustada, María del Pilar avisó a su padre.

El señor Eusebio llamó al orden a la temeraria moza, y cuando ésta hubo descendido de las inquietantes alturas, le dijo, al recordar súbitamente un acontecimiento que iba a celebrarse en la comarca:

—Corre a decirles a los jornaleros que vayan dejando la labor. Hoy es fiesta en el Santuario y no quiero que, por mi culpa, deje de asistir nadie.

La alocada moza se dispuso a ir a cumplir la agradable orden pero, antes de que se escapara de ella, murmuróle María del Pilar unas pala-britas al oído:

—Di a Sebastián que no falte a la ermita. Allí podremos hablar sin que ríos vea mi padre.

Sonriéronse las primas al pensar en lo felices que iban a ser las dos aquel día, y Filo alejóse corriendo hacia donde estaban los maños sudando el pan cotidiano.

—¡Eh, maños! ¡Halal! ¡A mudarse! El se-

nor Eusebio quiere que vayáis *tós* al Santuario.

La noticia cayó como una bendición en los jornaleros, y la alegría rebosaba en sus corazones.

Sebastián no daba pie con bola desde que Filo le dió el encargo de María del Pilar, tal era su afán de reunirse pronto con la amada de su alma.

Filo no se quedaría para vestir santos. Buen novio le había caído en suerte. Se querían una barbaridad. No podía ser menos, pues él era un bárbaro. Vedle. Gozoso siempre, más dulce que una perita en ídem, servicial, caritativo, y muchas cosas más, exagerado todo ello; pero terco como el primero. El pueblo entero le consideraba el más bruto de sus hijos. No era poco el honor.

Imagínense ustedes si sería bruto el mañico, que él, y no otro, fué el protagonista de un suceso que ha venido a ser con el tiempo una de las más populares anécdotas aragonesas. Ahí va:

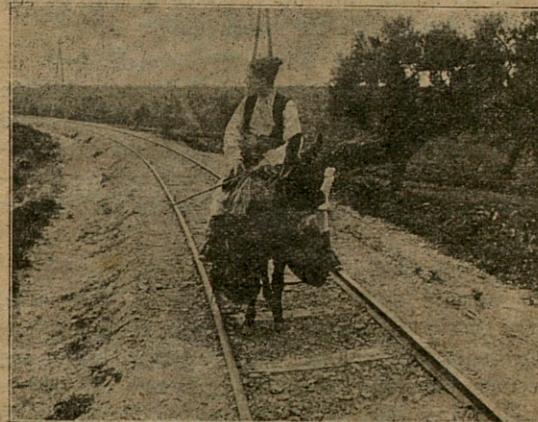
Caminaba montado en su rucio por entre los rieles del ferrocarril. Un tren anuncióse a poco trecho, avisando al "caballero" con su potente silbato, para que se apartase de la vía del camino de hierro. Pero, como si tal cosa. El maquinista insistió en sus desesperados avisos, con idéntico resultado que antes. Perico seguía adelante tranquilamente y, cansado de tanto pitir del tren, volvióse y comentó cachazudamente, con una sonrisita en los labios:

—¡Chufla, chufla; como no te apartes tú...!

Lo célebre fué que Perico no se apartó, y que, al llegar a una bifurcación de la línea, el tren cesó de amenazar al maño con echárselle encima de un momento a otro; pues continuó la marcha

por la línea contraria a la que Perico seguía.

En vista de su positivo triunfo, y riéndose de los denuestos que le dirigían iracundos el maquinista y el fogonero del tren vencido, Perico dijo al rucio, dándoselas de hombre de arrestos:



—¡Chufla, chufla; como no te apartes tú...!

—¿Qué te *paice*? ¡Ya ves que son ellos los que han *tenío* que apartarse?

En el pueblo, mientras la gente se acicalaba para dirigirse a la ermita, donde las parejas enamoradas tendrían ocasión de verse, las unas de muy cerca, y las otras de lejos; Andrea, antigua novia de Sebastián, comentaba con una amiga el inexplicable abandono en que su novio la dejó hacía tiempo. Meses hacía que no se hablaban,

pero la casualidad los puso, aquel día, frente a frente.

Andrea acercóse a Sebastián y, sin poder reprimir su despecho, le manifestó:

—Si me dejaste porque no me querías, bien está, Sebastián... pero si ha *sío* otra mujer la que te me ha *quitao*, qué no se olvide de que yo soy muy *malica* cuando me hacen daño.

Sebastián siguió adelante, encogiéndose de hombros ante la amenaza de Andrea, a la que nunca quiso, y con la que sostuvo relaciones como suelen hacerlo los mozos en edad sin experiencia, por la vanidad de echarse una novia; despidiéndole ella recordándole lo que le acababa de decir.

—Ya lo sabes, mañico.

Un poco antes de la romería al Santuario, llegó Perico al pueblo, procedente de la capital, con todos los encargos que le habían hecho sus vecinos, pues Perico era el ordinario del lugar.

Hecho el reparto de los recados, Perico buscó a Filo y, como siempre que iba a la ciudad, le regaló algo útil para el hogar futuro.

—Si lo adivinas, te lo doy.

—¿Y si no lo adivino?

—Te lo doy también.

—¿Qué me traes?

—Ay, mañica! Hubiese querido traerte el *trausó*, pá casarnos tú y yo... pero, por ahora, conténtate con esto. Mira.

Y extrajo de las alforjas del dócil rucio un biberón y un sonajero.

—Esto es pá beber el chico... cuando lo ten-

gamos... y estotro pá divertirlo. ¡Pá que luego digas que no voy a ser un buen padre!

—¡Aparta, so bobo! Para ir en burro, me *paise* que corres *demasiao*.

—¿Me desprecias estos regalos? ¡Filo, tú no me quieres!

—Déjame en paz! ¡Adiós!

Perico se puso muy triste. ¡Ahí era nada cortarse con su Filo! Y como no era manirroto, buscó inmediatamente aplicación a lo que había comprado para el futuro rorro; colocando al rucio el sonajero, a guisa de campanillas, como las burras; y encargándose él de utilizar el biberón, a guisa de bota.

AL CORAZÓN NO SE MANDA

Como todos los años, el pueblo iba aquel día, a visitar el Santuario, donde se veneraba a su Patrona.

Sebastián y Perico que, por lo mismo que uno y otro tenían, respectivamente, relaciones con María del Pilar y Filo, eran excelentes amigos, esperaban, en la carretera que conducía a la ermita, el paso de sus novias, para verlas unos instantes a solas, apartados de dicho camino y apostado detrás de corpulentos árboles.

Al llegar al Santuario, los pueblerinos entraron, como de costumbre, antes que nada, en la ermita a darle las gracias a la Virgen por la buena cosecha que recogieron.

Perico no entró. No lejos de allí había un grupo de amigos que bebían buenas jarras de

vino, y ante tal espectáculo se le hacia la boca agua. Y como el agua no era de su devoción...

Al verle llegar, los del grupo, reunidos en torno a Marcos, un buen mozo a quien por su dinero y su carácter alegre y divertido admiraban los hombres y se disputaban las muchachas casaderas, se sonrieron unos a otros, comprendiendo el motivo de la aparición del ordinario, esto es, una gorra de fragante vino.

Marcos hizo más, para sobresalir de sus amigos.

—Dejadme a mí con Perico. Vamos a divertirnos un rato a costa suya.

Y cuando llegó Perico a su lado, Marcos le dió una jarra de vino con abundante sal.

—¡Recontra!—exclamó el incauto parando de beber y expulsando violentamente de su boca lo bebido.

Los mozos se rieron de buena gana, y Perico decidió vengarse, no dejando de comprender quién era el autor de la broma. Y lo logró, pues aprovechando un momento de distracción de Marcos, cambió su jarra por la suya.

—¡Puah!—dijo enojado Marcos.—¿Quién ha *sío*...?

Perico no se amilanó.

—Estamos en paz, maño. Lo que no quieras *pá ti*, no me lo des a mí *pá* reventarme.

Marcos echóse a reír, y le dió la mano a Perico.

—Tíes razón. La broma ha *resultao* doble. Mejor *pá* éstos, que se han *reío* más.

La llegada de unas lindas mañicas puso fin a

la broma. El rico mozo las galanteó a todas, agradeciéndoselo ellas con la mirada.

—¡Qué suerte tienes, Marcos! El día que te dé por casarte, *pués* elegir a la que gustes, que no habrá una sola moza en el lugar que te desprecie—le dijeron por boca de uno todos los mozos.

Perico le sopló:

—Alguna hay que no te quiere *pá mario*, maño. Y eso qué tú estás loco por ella y que el padre no te mira con malos ojos.

—¿Hablas por María del Pilar? Si yo quisiera... Sería la primera que a mí me hubiese *desprecio*—respondió Marcos haciéndose el indiferente, pero molestado en el fondo.

Después de la acción de gracias a la venerada Patrona, los lugareños se acomodaron por los alrededores de la ermita, sirviéndoles de mesa el verde suelo y de decorado la exuberante belleza natural.

El viejo cura del pueblo comía con el señor Eusebio, María del Pilar, Filo y Perico, porque Perico, siendo novio oficial de Filo, era admitido por el señor Eusebio en varias ocasiones de fiesta.

Aquí y allá había grupos, y en todos ellos reinaba la más completa armonía y el deseo de agrandarse unos a otros.

Perico era el encargado de hacer las partes en el grupo del señor Eusebio; y dado su carácter equitativo, nadie tenía motivo de reclamar. Todos tenían igual parte... menos él, que se quedaba con casi la mitad. Por algo se molestaba haciendo el reparto.

El señor Eusebio envió a María del Pilar a la fuente, y Sebastián, que esperaba el momento de poder hablar a solas con su novia, siguióla hacia la misma, que se hallaba adosada a la pared de la plazoleta donde varios mozos se entregaban a sus juegos favoritos.

Sebastián alcanzó a María del Pilar al pie de uno de los muchos saltos de agua que se despeñan torrencialmente en aquel sitio, y se detuvieron para decirse cuatro cosas dulces.

Perico, en acabando de comer, necesitaba hacer ejercicio, y se encaminó también hacia la plazoleta, para unirse a los juegos de sus amigos.

Uno de los juegos más corrientes entre la gente moza del lugar era el de tirar la barra.

Marcos era el mejor tirador del contorno, pero Perico también quiso presumir de fuerza, y fué milagro que no se lisiara al caerse de espaldas por efecto del fallo hacia atrás del impulsivo que tomaba hacia adelante. No podía negar que estaba enamorado. Quería echar para adelante y retrocedía.

Marcos se dispuso a demostrar su fuerza, y cuando iba a tirar la barra con grandes energías, sintióse desarmado. La llegada de María del Pilar detuvo en el acto la violencia de su brazo.

Lo insólito del caso llamó poderosamente la atención de los mozos allí reunidos, y al enterarse de la causa, por instintiva revelación, se hizo el mayor silencio.

Conocedores todos del orgullo de Marcos y de los desprecios que María del Pilar le hacía, aprestáronse a presenciar la escena sin perder detalle.

María se dirigió recto al manantial para llenar su jarra, y ante la expectación general, Marcos fué tras de ella y mientras el agua se adentraba en la jarra, los ojos del desdenado galán intentaban penetrar en el alma de la moza.

Sebastián había acompañado hasta la entrada del camino de la fuente a María del Pilar, esperándola allí para que su presencia a su lado no diera que hablar a los maliciosos. Desde donde esperaba a su novia en secreto, podía ver lo que sucedía en la plazoleta.

Perico seguía con gran curiosidad los menores gestos de Marcos, que estaba ya junto a María del Pilar.

—Buenas tardes, María—saludóla.

—Buenas tardes—respondió la moza secamente, demostrando que no quería conversación con él.

—¿Por qué me desprecias? ¿No sabes que tu padre vería con gusto el que nos casásemos?—dijo Marcos con la soberbia a que se creía autorizado por su dinero.

María del Pilar apartóse de la fuente, miróle a los ojos y, con el corazón en la mano, le repuso:

—El hombre con quien yo me case ha de ser del gusto de mi padre, pero también del mío, y tú presumes *demasiao pá* que yo ponga en ti mis ojos. Conque, llama a otra puerta...

Marcos, ofendido, no quiso quedar en tan mala postura delante de sus amigos, y atrevióse con la moza:

—¡Pues toma, maña, *pá* que sepas a lo que saben los labios de un maño *despreciao!*

La abrazó con intenciones de besarla. Ella luchó con él, y desprendióse de sus brazos. Sebastián no pudo contener su indignación y salió en defensa de la digna maña, ansioso de descargar sus puños en el rostro de Marcos, por su vileza.



—*Pues toma, maño!*

Pero ya María del Pilar había dado su merecido a Marcos, replicando al atrevimiento del vanidoso, de esta magnífica manera:

—*Pues toma, maño, pá que sepas cómo contesta a los desplantes de los hombres guapos, una maña ofendida!*

Y le arrojó el agua de la jarra al rostro.

Marcos crispó los puños. La lección de María del Pilar delante de todos le cegaba. Aquello

pedía una respuesta. ¿Sería capaz de levantar su brazo sobre ella?

Sebastián no esperó a más, y se iba a abalanzar sobre su rival, dispuesto a todo; pero la mirada de María del Pilar le contuvo y al marcharse de allí, para reunirse con su padre, que debía extrañar su tardanza, dijo aún la magnífica moza al fanfarrón de Marcos:

—Y que lo sepas de una vez *pá* siempre: sin hombres tenía que quedarse Aragón *pá* que yo fuese tuya.

—*Pues yo te juro que he de hacer tú lo preciso pá que no haya hombre en Aragón que se atreva a hacerte su mujer!*—la amenazó él con ira.

María soltó una carcajada, y dió a los vientos una jota que vibró en los oídos del desdenado como un canto de guerra. Decía el cantar:

*La Virgen del Pilar dice
que el mismo Napoleón
no consiguió ver temblar
a una maña de Aragón.*

Y, luego, regresó al lado de su padre, sin demostrar el disgusto que llevaba encima.

LA INFAMIA DE LOS CELOS

Nadie comprendía en el pueblo la razón que pudiera tener María del Pilar para no aceptar a Marcos como novio. Sólo estaban en el secreto Filo y Perico, y éstos querían a la moza lo bastante para no descubrirla.

Aquella mañana, María del Pilar y Sebastián se vieron en discreto lugar, y Filo y Perico les acompañaban, para protegerles de murmuraciones, en caso necesario, con su presencia.

Perico no iba con su rucio. Extraño era, pues parecían dos hermanos siameses. Por eso Adelcrín, que así se llamaba el animal, se moría de tristeza en cuanto su amo le faltaba; y por eso también era frecuente que rompiese las amarras para escapar en su busca. Es lo que hizo aquel día, como otras veces.

En tanto, María del Pilar y Sebastián, distanciados de Filo y Perico, que no perdían el tiempo junto a un riachuelo, hablaban de su delicada situación.

—Mi padre quiere que me case con Marcos porque Marcos es rico. Si se enterase de que le desprecio por tu causa, a tí no te daría más trabajo y a mí me mandaría a Zaragoza *pá* que no te viese más.

—¿Es que tú no me *quiés* por encima de *tó*?

—Sí, Sebastián. Pero yo sé mis cosas. Júrame por la Virgencica del Pilar que, ocurra lo que ocurra, mi padre no conocerá nuestras relaciones hasta que las sepa por mis propios labios.

—Te lo juro, María.

—Y yo te prometo que no seré de nadie más que tuya. Deja correr el tiempo. Yo me encargo de convencer a mi padre poco a poco.

Perico, hablando, hablando con Filo, no sabía ya lo que decía. Los encantos visibles e invisibles —éstos se los imaginaba— de su novia, le quitaban la cabeza.

—Si supieses, mañica, las *ganicas* que tengo

de casarme *pá* que Adelcrín y yo tengamos quien nos *cuidie...*!

Filo no necesitaba oírle más para saber cómo “tocaba”..., y considerando que había llegado ya la hora de que Perico se refrescase un poco, le empujó hacia el riachuelo, dejándole chapoteando en el agua.

A poco, ya fuera del baño nuestro hombre, presentósele Adelcrín, y acariciándole, Perico vació su amargura:

—Adelcrín, el día que te enamores, te doy una paliza que te *eslomo*, *pá* que no seas tan burro como yo.

María del Pilar y Sebastián continuaban su paseo. A poco trecho les seguía Filo. Los tres se rieron de Perico al verle tan mojado; y el maño, amargado por el abandono de su novia, volvió a lamentarse de su desdicha.

—Ay, Adelcrín, si yo no te tuviese a tí, quién me iba a consolar de las burradas de mi novia!...

Solos se creían María del Pilar y Sebastián; pero alguien que por allí pasaba casualmente...

Era Andrea, la primera novia de Sebastián. Al ver a éste con María del Pilar empezó a comprender las razones que habían movido a Sebastián para dejarla. Los celos la torturaban, y los celos sabrían hallar una venganza.

Por la tarde, al mismo tiempo que sufria Andrea por los desvíos de Sebastián, Marcos, herido en su amor propio recordaba, a solas, apartado del lugar, los desprecios de María del Pilar. De pronto marchó hacia la taberna del pueblo, decidido a poner en práctica sus proyectos de venganza...

En el bodegón había numerosa concurrencia. Marcos lo celebró.

—¡Hola, muchachos!—saludó a sus amigos—. Esta noche pago aquí el vino que podáis beberos si vais a cantar al pie de la ventana de María del Pilar las mejores jotas que sepáis.

—¡Aceptao!

—Yo no puedo acompañaros; me espera el notario *pá* firmar las escrituras de una compra de tierras. Os diré lo que hay que hacer. Al dar las once, ni un minuto más, entráis *tós* por su calle. Nos reuniremos aquí media hora después.

¿Qué se proponía Marcos?

Por la noche, durante la cena, el señor Eusebio, contrastando con la indiferencia de ella, aconsejaba a María del Pilar, como muchas otras veces, la conveniencia de la boda con Marcos.

—No, padre, no...

—No olvides que si no escojes mozo de tu igual, te mando a Zaragoza con mi hermana.

—Es que... padre mío... por ahora, no pienso casarme ni con Marcos ni con ningún otro...

Marcos llegó a la casa en aquel momento. El señor Eusebio se alegró de ello. No así María del Pilar, que evitó mirarle.

—Vengo a rogarle solamente, señor Eusebio, que si le sobra un par de mozos en su huerta, los mande *pá* las mías al amanecer, porque lo tengo *retrasao*.

—Te complaceré, Marcos.

—Gracias, señor Eusebio. Y me marchó en seguida, que ya es tarde y tengo que madrugar mañana.

Filo iba a acompañarle hasta la puerta del patio.

—No bajes, maña, que ya conozco la casa—le dijo él.

Marchóse solo. Al llegar a la puerta, simuló abrirla y cerrarla, y se quedó dentro de la casa, ocultándose convenientemente, para obrar más tarde.

Al terminar la cena, el señor Eusebio y su familia se dispusieron a acostarse. Y a poco reinaba en el hogar el silencio y las tinieblas de la noche.

Cuando en la campana del reloj de la plaza sonaron las once, la rondalla avanzó calle adelante a dar a María la serenata que ordenara Marcos; mas, de pronto, se detuvo sorprendida al ver deslizarse del balcón de la casa de la moza, la silueta de un hombre.

Esa era la venganza de Marcos. Aprovechando el sueño de los moradores del hogar del señor Eusebio, se había introducido en el comedor, y esperó en su balcón la aparición de sus amigos, para deslizarse por él, en momento oportuno sin dejarse reconocer, y huyendo a todo correr para no ser descubierto.

Así sucedió, en efecto; pues cuando los mozos, asombrados, reaccionaron, lanzándose a la persecución del desconocido, Marcos se hallaba ya en salvo.

Los mozos se encaminaron a la taberna comentando el suceso; y al llegar, Marcos, media hora después, como convenido, les dijo, haciendo sorprendido:

—¿Qué comentáis que de tal modo os asombra y os escandaliza?

Le contaron lo que habían visto.

—¡Pero es posible!

—Te digo que ha *saltao* un hombre a la calle desde el balcón de María del Pilar. Pero salió corriendo, y como la noche es oscura, no hemos *podío* conocerle.

—¡Pues cualquiera se casa ya con esa moza!

—¡No sería yo el tonto que lo hiciera!

—¡Ni nosotros tampoco!

—Olvidemos eso, ¡qué diantre! Bebamos. Lo *prometío* es deuda. Yo pago. Y no reparéis en gastar. Bien *mirao*, a vosotros debo mi suerte de renunciar a casarme con María del Pilar. Gracias a vuestra frustrada serenata habeis visto quién es esa mocita. ¡Lo que son las cosas!

El vino corrió en abundancia, y Marcos, satisfecho íntimamente de su triunfo, gozaba contemplando a sus amigos en la celebración de la venganza tomada por él sobre la pobre María del Pilar.

Al día siguiente, en la Plaza del Mercado, centro escogido para los comentarios y murmuraciones, corría de boca en boca, corregida y aumentada, la escena relatada por los mozos de la rondalla a los familiares y amigos.

Poco tardó la despechada Andrea en conocer la noticia que el pueblo escandalizado comentaba.

Los cuervos de la murmuración devoraban la honra de María del Pilar. La víbora de la maledicencia asomaba por todas las bocas. Ahora todos veían claro por qué la moza rechazaba a cuantos mozos le hablaron de noviazgo.

Y a la plaza siguieron acudiendo las gentes

del lugar para poner al suceso los más variados detalles.

Y Andrea, atormentada por los celos y decidida a castigar a la que consideraba causante de sus penas, se dirigió a su casa, cuyo balcón dada a la Plaza, y cuando en ésta era mayor la concurrencia, salió a dicho balcón, so pretexto de regar sus tiestos de flores, y vibró en los aires una voz que decía a los vientos una jota.

Viejas, mozas y hombres se agolparon curiosos bajo el balcón de la vengativa mujer.

Y la calumnia convertida en copla, fué escuchada por todos.

Cuando María del Pilar llegó a la Plaza, no pudo comprender las sonrisas y las murmuraciones que a su paso se hacían.

Y las mozas le volvieron la espalda despectivamente.

Y de la boca desdentada de las viejas murmuradoras oyó acusaciones incomprensibles para ella.

Una de las abuelas le espetó, al reunírsele la moza:

—¿Y aun tienes valor *pá* acercarte a las gentes *honrás*, después de lo *ocurrió*?

María del Pilar, temblando, preguntó:

—¿Qué habré hecho yo, Dios mío?

—¡Aparta, *perdía*! ¿Qué diría tu madre si te viera?

—¡Virgen mía! ¿Qué es esto? ¿Qué dicen estas gentes?

Los mozos también la insultaron.

—¡No presumas tanto, galana, que ya nos conocemos *tós*!

Y no le faltó más que oír a Andrea para comprenderlo todo.

La rival, toda a su rencor, llamó de nuevo la atención de la gente, al ver a María del Pilar, y por segunda vez se escuchó la copla en la Plaza.

*Ayer a la media noche
diken que vieron saltar
a un hombre, por la ventana
de María del Pilar.*

La calumniada miró con infinito asombro a Andrea, y gritó con desesperado acento:

—¿Qué es lo que está cantando ese mala mujer?

—¿Qué quiés que cante?—contestóle Andrea llena de odio—. La jota de moda. ¿Quiés aprenderla? Pues que te la cante cualquiera de los que te rodean, porque ya la sabe *tó* el pueblo.

—¿Quién ha podido decir esa infamia, Virgencita mía?

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Lo ha visto mucha gente *pá* que tú lo desmientas—la acusaron unas viejas sin piedad.

Y María del Pilar, llena de ira y de vergüenza, quiso maldecir a quienes la acusaban, pero ante la actitud hostil de todo el pueblo retrocedió espantada.

Y huyó calle adelante, perseguida por la jota que ya decían todos y que, un día, sería cantada alegremente por los habitantes de otras tierras lejanas, ignorantes de la infamia que perpetuaba, que nada hay que ruede tanto como la calumnia convertida en copla.

Y llegó a la puerta de su casa, donde Filo y Perico también comentaban asombrados el suceso.

—¿Qué has hecho, criatura?—le dijo su prima apenas la vió.

—¡Tú, también tú!—sollozó María del Pilar.

—Vamos *pa dentro*, que la gente nos mira y murmura.

Entraron en la casa, y Perico cerró la puerta en las narices de unas vecinas.

Sebastián había mandado a Perico a casa de su novia con una carta, que María del Pilar, al entregársela el maño, la desdobló con una angustia atroz. Decía el escrito:

Acabo de saber lo que sucedió ayer noche, y es necesario que nos veamos al instante. Comprenderás que, después de lo que has hecho, todo ha terminado entre nosotros. Sólo quiero saber de tus labios el nombre de ese infame para vengar en él todo el daño que de ti he recibido.—Sebastián.

La desesperación de María del Pilar rebasó todo límite.

—Pero qué hice yo, Dios mío?

Ardía en el deseo de entrevistarse con Sebastián.

—Dile a mi maño que me aguarde en el *caminico* de la ermita—encargó a Perico.

Y, desalentada, rendida por las emociones sufridas, lloró largamente aquel delito que no había cometido.

LA INSPIRACIÓN DE LA VIRGEN.

“El cachico de pan” llamagan los lugareños a su cura párroco. El santo varón se desayunaba en la casa rectoral. Su ama de llaves le enteró de lo que murmuraba el pueblo entero.

—¡Bah! ¡Bah! Gana de hablar que tienen *tós*.

—Lo dice *tá* el pueblo a una, padre cura.

—Pues si ello es verdad, no queda otro remedio que arreglar la cosa como sea.

Y el buen hombre meditó sobre el caso.

En tanto, Perico acompañaba a Sebastián al sitio donde había citado a éste María del Pilar, separándose de él al llegar a destino, para ir a reunirse con su rucio y su Filo.

Y mientras Sebastián quedaba a solas con su impaciencia y su dolor, “el cachico de pan” salía de su casa decidido a buscar el medio de salvar a la que ya juzgaba pecadora.

Aturdida por tantos acontecimientos inexplicables, acudió María del Pilar a la entrevista.

—¿Qué carta me has escrito, Sebastián? ¿Qué *quié* decir *to* esto que me está pasando?

El la miró con ojos húmedos, y le reprochó, roto el corazón:

—¿Qué mal te hice yo *pá* que tú me conviertas en el más *desgraciao* de los hombres?

—¡Yo te aseguro que es mentira lo que dicen de mí! ¡Te lo juro por las cenizas de mi madre!

—Lo ha visto mucha gente *pá* que tú vengas a desmentirlo ahora.

—¡Oh, Sebastián...!

—Es inútil, mujer; ni te creo ni te perdonó el daño que me has hecho. ¡Que te perdone Dios si El cree que se te debe perdonar!



—Lo ha visto mucha gente “*pá*” que tú vengas a desmentirlo ahora.

—Pero es tan poco el cariño que me *tiés* que crees esa calumnia, Sebastián?

—¡Déjame, déjame! ¿Es que no te basta aún mi sufrimiento y *quiés* martirizarme más?

Y lleno de amargura por las dudas que destrozaban su alma, marchóse Sebastián, dejando a

María del Pilar hincadas sus rodillas en la tierra en imploración de la gracia de su Virgencita.

—Tú sabes que todos mienten... ¿Verdad que tú lo sabes, Virgencita mía del Pilar?—rezaba la infeliz.

Perico y Filo, acompañados de Adelcrín, conversaban en la fuente del pueblo.

Y hasta el rucio parecía asociarse a creer con su amo y su futura ama en la inocencia de María del Pilar.

“El cachico de pan”, en el trayecto de la casa rectoral a la del señor Eusebio, tuvo dos encuentros. El primero, en la Biblia, en uno de cuyos capítulos leyó:

...Libra Jesús de la muerte a una mujer adúltera, confundiendo a sus acusadores.

Y quedándose Jesús con la pecadora, le dijo: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaron? ¿Ninguno te ha condenado?”

Y ella dijo: “—Señor, ninguno.”

Entonces Jesús le dijo: “—Ni yo te condeno. Vete y no peques más.”

El segundo encuentro fué el propio señor Eusebio, quien ajeno a todo lo ocurrido, daba su acostumbrado paseo matinal.

Saludáronse, y díjole el cura:

—Vamos andando, señor Eusebio. Vengo a hablar con usted de un asunto que le interesa mucho.

—Diga lo que se le ofrece, señor cura.

—En fin, señor Eusebio; hablemos sin rodeo. Se dice por ahí...

Y le refirió la cruel verdad, con palabras discretas, encaminadas a la piedad...

—¡Mi hija una *perdida*!—exclamó el señor Eusebio no llegando a creer tal cosa.— ¡Oh, señor cura, si eso que se dice es cierto, la mato, la mato!

—Nada de medidas de violencia. Lo importante es saber por María del Pilar quién es ese hombre, *pá* que cumpla con ella su deber.

María del Pilar había vuelto a su casa, comprendiendo que no podría luchar contra la acusación de un pueblo entero.

El señor Eusebio, cuya indignación y amargura no consiguieron aplacar los consejos del viejo párroco, exigió a su hija una confesión terminante. Su ira le había vuelto brutal.

—Pero es que también lo vas a creer tú, padre mío?...

—¡Vete, vete, que no te quiero maldecir y voy a hacerlo si te sigo viendo!

—¡Oh, no, padre!

—¡Señor, Señor! ¿Por qué la has abandonado?—murmuraba el cura.

El señor Eusebio trató de saber el nombre del villano. Con esta esperanza accedió a escuchar a su hija.

—Dinos quién es ese hombre, y yo le obligaré a que repare su delito.

—Yo no he visto a ese hombre, padre mío; te lo juro por ti!

El señor Eusebio sintióse iluminado por una inspiración sobrenatural. El sabía el cariño que le tenía María del Pilar, y su gran veneración a la Virgen. Juraba por él... ¿Juraría por la Virgen? No titubeó en proponérselo para consuelo de su espíritu: :

—¿Te atreverías a jurarlo ante la Virgen del Pilar?

—¡Sí!—afirmó rotundamente la moza—. Si esa es la forma de que tú me creas, llévame ante ella y te lo juraré.



—¿Te atreverías a jurarlo ante la Virgen del Pilar?

—¿De veras, María?

—No olvides, hija mía—intervino el buen párroco—, que si en falso jurares caerías en pecado mortal...

—¡Cuando he dicho que lo juraría es que puedo jurarlo!

—Yo, para creerte, no necesito ya tu juramento—respondió conmovido “el cachico de pan”, seguro de la inocencia de María del Pilar.

Ella lloraba. Su padre, sinceramente emocionado también, casi estaba por decir lo mismo que el señor cura, pero quedaba aún en él una ligera sombra, e insistió en que el juramento fuese hecho ante la misma Virgen. Se marcharían a Zaragoza.

Sebastián, en su casa, no encontraba consuelo para su honda pena. ¿Podía ser real la traición de María del Pilar? No lo podía creer sinceramente, y debía creerlo, porque todo el pueblo decía lo mismo.

La señora Tomasa, su madre, le observaba en silencio.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—preguntóle, insistiéndole a revelarle el motivo de su congoja.

—¡Hasta hoy, madre, no he sabido lo que son las verdaderas penas!

Y Sebastián contó a su madre, por primera vez la historia de sus amores con María del Pilar.

La entrada inesperada de Filo interrumpió el coloquio.

—¿Qué te trae por aquí?—dijole Sebastián esperanzado de recibir alguna noticia de María del Pilar.

—Me manda mi prima pá que te dé esta carta. Y queden ustedes con Dios.

Nerviosamente, Sebastián rasgó el sobre y leyó el escrito.

Decía el papel:

Al rayar el alba salgo a Zaragoza a convencer a mi padre de que es mentira lo que de mí se dice. Te ruego que inventes algún quehacer en

la capital. Yo llevaré a mi padre con cualquier pretexto hasta la Plaza de Aragón. Allí puedes hacerte el *encontradizo* con nosotros. Si me quieres aún, debes venir a presenciar la única prueba de inocencia que me es posible darte. ¡No faltes, Sebastián! Te lo suplico por tu madre

Maria del Pilar

Sebastián entregó la carta a su madre, y le pidió consejo.

—Debo ir, madre mía?

—Si es verdad que la *quiés*, debes ir, Sebastián.

—¡Sí que la quiero, madre! ¡Mira si la querré, que la vida me sería odiosa sin ella!

Se abrazaron madre e hijo, y en el aire, como confirmación del cariño del maño por María del Pilar, pareció oírse la copla de los que saben amar:

*Te quiero, baturra, te quiero,
como se quiere a una madre,
como se quiere al dinero...*

EL JURAMENTO

Carretera adelante iba la diligencia que conducía a Zaragoza al señor Eusebio y a María del Pilar.

Atravesaron el Puente de Piedra admirando desde el mismo las torres del Pilar y de la Seo.

Sebastián, impaciente por llegar cuanto antes, dirigióse en busca del camino más corto.

Atravesó el Ebro.

Mientras, la diligencia desembocaba en la calle del Coso por el Arco de San Roque, y pasaba por la puerta de la Audiencia; y al llegar a la calle de San Pablo, entró en la típica Posada de las Almas.

María del Pilar consiguió de su padre dar un paseo por la capital, y con distracción disimulada llevóle hasta la Plaza de Aragón.

Allí, como María del Pilar sabía, le aguardaba una sorpresa al anciano baturro.

Porque Sebastián estaba en esa Plaza, sentado en un banco y al cruzarse las miradas de los dos hombres, después de hacerlo disimuladamente la de los dos jóvenes, exclamó el señor Eusebio:

—¡Qué casualia!

Sebastián saludóles interpretando a la perfección su papel, y mintió como un maestro en la escena:

—He *venido* a arreglar unos asuntos de mi madre. Y ustedes, ¿qué hacen por aquí?

—María del Pilar viene *decidida* a demostrarle que es falso cuanto en el pueblo dicen. Te supongo *enterao* de la calumnia. ¿Lo sabes tú, verdad?

—Sí, señor Eusebio. Tú el pueblo lo sabe...

—Pues María del Pilar no *pué* engañarme, porque va a prestarme juramento ante la Virgen del Pilar. Si no *tiés* ya *ná* que hacer, vente con nosotros. Nos daremos un paseo, y luego iremos al Pilar.

—Con mucho gusto, señor Eusebio... pero si ustedes *tién* que hablar...

—No, Sebastián. Ya no deseo otra cosa de mi hija que ese juramento, para no atormentarla

más con preguntas ni atormentarme a mí mismo con irresistibles conjeturas, que la calumnia es tan mala, que cuando se agarra a uno no le suelta por más que quiera.



—¡Qué “casualid”!

Echaron a andar los tres. De vez en cuando los enamorados se miraban furtivamente, avergonzados los dos; ella por la duda del amado, y él por dudar.

Mientras tanto, en el pueblo, en la Plaza del Mercado, había fiesta por todo lo alto.

También había ido Marcos allí con intención de divertirse.

Pero, en medio de la alegría del baile domininguero, escuchó el presuntuoso mozo algo que le hizo estremecerse.

Rasgó el aire esta sentida copla:

*El hombre que no sea bueno
y noble de corazón,
no merece ser hermano
de los hijos de Aragón.*

Un escalofrío agitó todo su cuerpo. Aquella jota sonaba en él como una acusación. Y no pudo menos de alejarse de allí, para olvidar...

En la capital, la puerta del Pilar invitaba a los tres baturros a bañarse en la pureza de su sagrado interior. En su umbral, el señor Eusebio, deteniendo a su hija, le dijo:

—Si es cierto lo que en el pueblo dicen, aun estás a tiempo de no cometer el sacrilegio de un juramento falso.

Y María del Pilar, resuelta, contestó:

—La que nada tiene que temer, no duda.

Entraron en la silenciosa morada de la Virgencica.

Sobre cogidos de emoción, fueron a arrodillarse ante el altar mayor, frente al sitio que ocupa la imagen de la excelsa Patrona.

La dulce virgencica parecía sonreír a María del Pilar, que buscaba su amparo para que brillase esplendentemente su honra atacada.

Rezaron con fervor. María del Pilar confiando en la misericordia de la Virgencica para convencer de su inocencia a su padre y a su maño y éstos pidiéndole a la venerada imagen que María del Pilar pudiese demostrarles su inculpabilidad.

El momento solemne se acercaba... María del

Pilar miraba a Sebastián, cuyos ojos pocas veces podían resistir sus miradas...

Mientras oraban, presenciaron una de las costumbres religiosas que se observan en el culto a la Virgen del Pilar: los *Infantitos de la Virgen*



María del Pilar miraba a Sebastián...

conducen a los niños menores de siete años a que besen el manto de la imagen, que no puede ser tocado más que por ellos y por las altas dignidades del Gobierno y la Iglesia. También a los que acaban de tomar la comunión primera les está permitido besar el borde del sagrado manto.

No hay nadie en Aragón que se vuelva de espaldas a la imagen.

Después de haber rezado, María del Pilar se

dispuso a prestar su juramento. Y, alzando sus ojos a la Virgen, pronunció con lágrimas de imploración:

—¡Juro ante ti, Virgencica mía del Pilar, que soy inocente del delito de que me acusan, que no sé quién pueda ser el hombre que saltó por el balcón aquella noche!... Y es esto tan verdad, que si sólo esos mañicos pueden besar tu manto porque no han *pecao*, mis labios, tan puros como los de ellos, te mandan desde aquí todos los besos de mi alma honrá.

Sebastián clavó sus ojos en el suelo, arrepentido de sus dudas, llorando ante la clara inocencia de su amada y el señor Eusebio, gozoso como nunca, bendecía, desde el fondo de su alma, a la Virgencica de los baturros, a esa madre de todos tan sublime, tan dulce, tan cariñosa, luz y guía de todo los buenos.

Y los tres, a poco, salieron del templo sagrado por los siglos de los siglos, con el corazón rebosante de dicha por haberse disipado una calumnia.

—¡Gracias, hija mía! ¡Que Dios me perdone por haber *dudao*!—rogó a su hija el señor Eusebio secándose unas lágrimas más, fuera del templo.

Y Sebastián, avergonzado de las acusaciones que hiciera a su novia inocente, le murmuró, con voz trémula, haciendo un gran esfuerzo para hablar:

—Perdóname, María del Pilar, perdóname!

Ella sola podía oírle. Su arrepentimiento le llegaba al alma, llenándola más de amor. Y sonrióle, contestándole con su tierna mirada, que

le perdonaba, que lo pasado no había sido más que una horrible pesadilla ya esfumada.

En una de las tiendas inmediatas a la iglesia, compraron algunas cosillas para recuerdo de aquel memorable día y, ansiosos de regresar al pueblo, no se detuvieron muchas horas en la capital.

SACRIFICIO

De vuelta a su casa, Sebastián, henchido de alegría, dijo a su madre:

—Es buena, madre mía. Es tan buena como tú lo eres. Un mal hombre, a quien no conozco, ha querido hacerle perder la estimación de tós.

Y contestó la madre, apesadada:

—Es buena, hijo mío, sí... Pero ¿cómo acallar la voz de los murmuradores que la acusan?

Era cierto. La murmuración no cesaría. ¿Cómo demostrar a todos, puesto que no estuvieron presentes al acto, que María del Pilar había jurado ser inocente delante de la Virgen hermosa?

La señora Tomasa se acostó. La noche avanzaba y sus tinieblas se esparcían por todo el pueblo.

Cuando Sebastián se quedó solo, se repetía la frase de su madre: "¿Cómo acallar la pública maledicencia?"

Y pensó que un sacrificio suyo podría ser la salvación de la mujer que amaba.

Reflexionó unos instantes, y resolvíose a obrar.

—¡La salvaré!—se dijo—. ¡Aun a costa de mi propia honra, salvaré la suya!

Cambióse de ropa, y despidióse de su madre, que dormía plácidamente.

—¡Madre, perdóname lo que por ella voy a hacerte sufrir!

Al promediar la noche, mientras todos dormían en la casa del señor Eusebio, Sebastián se introdujo como un ladrón en ella, y se asomó al balcón del comedor, para mirar si alguien vigilaba la calle. El sereno hacía su ronda. No podía caer más a propósito. Aquella vigilancia convenía a su plan. La noche era muy oscura. Sólo el farol del agente ponía una nota de luz en un corto trecho triangular.

Se puso a la ejecución de su plan. Descerrajó un arca antigua, y ante sus ojos aparecieron las alhajas familiares. Se apoderó de ellas, y luego hizo caer al suelo un jarrón para despertar a los moradores de la casa, consiguiendo su objeto. Y, sabiendo que el vigilante de la calle andaba cerca, se deslizó por el balcón, procurando ser visto.

La idea de Sebastián no pudo triunfar mejor.

El vigilante se abalanzó a él al verle caer desde el balcón, y el señor Eusebio, que se dió cuenta del robo en el acto, pues el "ladrón" esperó a oír sus pasos para huir, a fin de dar toda la realidad posible a su acción, mandó detenerle, sin saber quién era, desde el balcón, reuniéndose después en la calle, con María del Pilar, Filo y muchos vecinos, que salieron de sus casas a los gritos del robado.

Todos se asombraron al reconocer a Sebastián.

El señor Eusebio lo señalaba con indignación a su hija:

—¡Mira, niña, quién ha querido robarnos!

María del Pilar ahogó un grito en su garganta, y exclamó como enloquecida de sorpresa:

—¡Tú, Sebastián, tú!

El maño no se volvió atrás. Debía sacrificarse y, pese a todo, se sacrificaría.

—Yo, sí—dijo delante de todos, en voz alta—. Y no es la primera vez que he venido a robar. Yo fui quien saltó la otra vez por el mismo sitio. Pero, entonces, tuve miedo y huí. Por eso no robé lo que hoy he podido robar.

María del Pilar, abrazada a Filo, lloraba.

El señor Eusebio tomó una determinación.

—Vosotras, marcharos pá casa, que yo vuelvo en seguida—dijo a las mozas.

Y mientras el señor Eusebio iba en busca del juez de paz, Sebastián era encerrado en uno de los calabozos del Ayuntamiento, qué, en tales casos, oficiaba de cárcel.

Las muchachas son fácilmente impresionables. Al siguiente día estaba el pueblo convencido de que Sebastián era un ladrón, como antes creyó en la desonra de María del Pilar.

Perico había llevado a herrar a su fiel amigo Adelcrín.

—Ya sabrás lo ocurrido, mañico—le dijo el herrador.

—Sí, ya lo sé, probe Sebastián.

—¡Qué pobre ni qué ocho cuartos! Le cogieron con lo que había robao. Y dijo que él había sido el que entró la otra noche con la misma intención.

—Como hables mal de Sebastián, te doy un estacazo en las narices que te las van a tener que sacar con pinzas del cogote y las moscas acudirán a tu rostro pá beberse la sangre.

No le parecía posible a Perico que Sebastián hubiese querido robar al padre de María del Pilar. Era absurdo suponer tal cosa. El se enteraría de la verdad. Marcos, en tanto, arrepentido del daño que había hecho a María del Pilar, proyectaba el medio de remediarlo en lo posible.

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA

Unos días después, Perico encontró a Marcos.

—¡Hola, maño! ¿A dónde vas con ese garbo?

—Voy a pedir la mano de María del Pilar.

Perico ocultó su sorpresa, e imaginándose con amargura los sufrimientos que estaría pasando Sebastián, dijo al orgulloso maño:

—Te acompañó, Marcos. Yo voy a ver a Filo.

Estaba resuelto a ayudar a su amigo. ¡Vaya si le ayudaría!

En el calabozo de Sebastián desarrollábase una emocionante escena. La señora Tomasa estaba en él, llorando, suplicando a su hijo que le revelase lo que había de cierto en su robo frustrado.

—No le mientes a tu madre, hijo. Lo que dicen por ahí no pue ser cierto. Aquí ha pasado algo que tú tratas de ocultar a la gente.

—No, madre, no.

—Hazlo por mí, hijo mío. Tú tienes que tener medios pá demostrar a todos tu inocencia. Piensa en el sufrimiento de tu madre.

—No hay más verdad que la que *tós* dicen—insistió Sebastián.

Y no hubo manera de sacarle de sus trece.

Marcos llegaba a la casa del señor Eusebio. Perico se quedó fuera, e hizo una señal, un silbido original, a Filo, para que acudiese a pelar la pava con él.

—¿Dan ustedes su licencia?—dijo Marcos al señor Eusebio y a María del Pilar, que estaban en el comedor de la casa, el cual acababa de abandonar Filo al oír la llamada de su novio.

—Sé bien *venío*, maño—contestó el señor Eusebio.

María del Pilar fué a sentarse en el balcón.

—Vengo a hablar con usted de un asunto muy interesante—prosiguió Marcos dirigiéndose únicamente al señor Eusebio.

Entretanto, Perico, había tenido una idea que él juzgaba feliz.

—Oye, Filo yo ya sé que tú tienes menos alcances que Adelcrín; pero como Adelcrín no habla y yo necesito alguien que me aconseje, he *venío* a verte.

Por toda respuesta al “piropo”, Filo dió un puñetazo muy baturro a su maño.

—Espera y no te *enfaes*. Déjame explicarte lo que se me ha *ocurrió*.

—Si te desvías otra vez, te la doy, ¿eh?

—Yo no creo que Sebastián sea un ladrón; primero, porque no me da la gana de creerlo. Después, por una cosa que me pasó con Marcos.

—Como me vengas con trolas...

—Escucha y quietos los morros. Marcos me dijo algo el otro día que me ha *dejao* más pen-

sativo y más triste que deja a un pavo el primer pandero que oye en Nochebuena. Habíamos *estao* bebiendo *toa* la noche y, al llegar la mañana, mientras nos íbamos a casa, apoyándose él en mí y yo... en donde podía arrimarme, me dijo así: “—Que Sebastián entrase a robar, ni lo niego ni lo afirmo... Pero que fué él quien se descolgó la primera vez por el balcón de casa del señor Eusebio, esto sí te juro que es mentira.” “—¿Y por qué es mentira?—le dije digo.” “—Porque fuí yo el que aquella noche saltó por él *pá* comprometer a María del Pilar.” “—Tú estás más borracho de lo que yo me figuraba—le contesté” “—Te estoy diciendo la verdad, Perico”—. Y después, nos fuimos a dormir.

—¡Quita, quita, embustero!

—Te digo, maña, que no son cosas de la borrachera. Y te aseguro que en mi vida he *bebío* tanto. Mira si estaría borracho que al llegar a mi casa me equivoque de puerta y me metí a dormir en la pociilga. Me tendí al *lao* de la cerda. Y soñé que nos habíamos *casao*... Y como éramos *muchimillonarios*, nuestro padrino tiraba el dinero a manos llenas, y hasta los gigantes y los cabezudos se creyeron *obligaos* a asistir a la *boa*. Nuestra casa era la mejor del lugar. Teníamos más servidumbre que el Papa. Y después de soñar esto desperté...

—¿Y qué?

—...pero fué *pá* seguir durmiendo con más *comodía*.

—¡Morral!

—Y soñé, soñé... ¡Ay, Filo, qué sueño!... Estaba *convencío* de que era aquella la primera

noche de nuestro matrimonio. Yo te acariciaba asina por todo lo largo de tu cuerpo de gitana. Esto de gitana es un decir. Y hete aquí que te encuentro áspera, y te lo digo francamente, y entonces me despierto y me veo haciéndole cosquillas a la cadera.

—¡Bruto! ¡Animalote! ¡Confundirme con uno de los de tu clase! ¡Y cuidadito con las manos, que las tienes muy largas!

—No te me *enfaes*, maña, que quiero que me ayudes a una cosa muy seria.

—¿Qué cosa se te habrá *ocurrido* a ti?

—Es preciso evitar que Marcos se case con tu prima. Ella no le quiere y esto sería *pá* Sebastián una nueva pena sobre las muchas que ya tiene. Tú guardas *toas* las cartas que Sebastián ha escrito a María del Pilar. Ve por ellas, porque ahora mismo me hacen falta.

—En seguida vuelvo.

Marcos sostenía esta conversación con el señor Eusebio:

—*Pá* su tranquilidad y *pí* el bien de la labranza a esta casa le hace falta un hombre joven como en la mía es necesaria una mujer. Usted comprenderá a lo que voy... De modo que...

—Por mí no hay inconveniente, Marcos. Y si no se opone María del Pilar...

—Gracias, señor Eusebio. No esperaba menos de usted.

—Yo siempre te he *mirao* con simpatía, Marcos. Ve, pues, a hablar con mi hija, que anda por allí dentro, y que Dios os bendiga.

Marcos buscó inmediatamente a María del

Pilar, a quien dijo, muy esperanzado por las palabras del señor Eusebio:

—He *hablaao* con tu padre y ahora vengo a rogarle que me escuches.

—Pues siéntate, si gustas.

—Tu padre es gustoso de que nos casemos y, si tú no te opones...

María del Pilar, que cuando estaba a solas pensaba con tristeza que la mala acción de Sebastián había hecho imposible para siempre toda nueva relación entre ellos, no supo contestar a Marcos. Todo le era indiferente. La vida había perdido para ella el atractivo del amor.

—¿No me contestas nada?—insistió Marcos.

—¿Qué *quieres* que te conteste?

—Dame una esperanza, María del Pilar. Bien sabes que te quiero, que tú eres la mujer por mí *soñá*. Yo seré un buen marido *pá* ti. ¿Aceptas?

Y María del Pilar, sin saber lo que aceptaba, respondió:

—Hágase lo que mi padre quiera!

—Gracias, María, gracias!

Por eso al salir de la casa canturreaba Marcos alegramente.

Filo le vi llegar, y dijo a Perico, por las cartas que le traía:

—Escóndelas, que viene Marcos.

Marcos apareció en aquél instante. Al volver a ver a Perico, le dijo, alegre:

—Sabrás que, al fin, me caso con María del Pilar.

Perico forzó una sonrisa.

—¡Que sea enhorabuena, maño! Y *pá* que

veas que te aprecio, ahí va el primer regalo. Toma.

—¿Qué es esto?

—Un paquetito.

—¡Cartas de Sebastián!

—Y que van a tu futura *dirigías*. Hasta más ver, mañico, que llevo prisa.

Y Perico se fué, dejando entre las manos de Marcos aquellos papeles que, descubriendole un secreto imprevisto, iban a meter en su alma un infierno de dudas.

Y Marcos pensó que si María y Sebastián habían sido novios, bien pudo lo del robo ser sólo una mentira para tapar una deshonra.

Quiso saber toda la verdad. Fué a ver a Sebastián. Hablaron entre rejas.

—Son tuyas estas cartas, Sebastián?—preguntóle mostrándole el paquete que le entregó Perico.

—Mías son—reconoció el preso, al releer melancólicamente una de ellas...

—Tú no eres capaz de cometer un robo. Tú visitabas de noche a María, y *sorprendió* por su padre, no hallaste otra manera de salvarla. ¿Te atreverás a negarlo?

Sebastián crispó los puños, pronto a descargarlos en Marcos, pero calmóse, y respondióle:

—Te iba a decir que mientes como un *malvao*, y a castigar, pero sé que la *quieres*, y voy a contártelo *tó pá* que no pongas más en duda la honra de María del Pilar.

Marcos escuchaba atónito la revelación de la verdad, y entretanto el alguacil del pueblo preparaba la sala en que había de reunirse el Tri-

bal Patriarcal para juzgar a Sebastián, que así terminó su confesión a su rival:

—Ya lo sabes *tó*. Ahora cásate con María del Pilar, y hazla tan dichosa como dichosa la hubiera hecho yo. Pero antes de casarte, averigua, para castigarle, el nombre del *malvao* que originó todo esto.

Los dos mozos miráronse frente a frente, y Marcos le tendió la mano a Sebastián, agradecido...

Un poco después, la gente se dirigía a presentar el juicio por una de las galerías del Ayuntamiento.

“El cachico de pan” iba a oficiar, en el juicio, de *hombre bueno*.

Marcos, llevado por la voz de su conciencia, no pudo resistir a la necesidad de asistir al acto, pero vacilaba en entrar en la sala...

Contituyóse el Tribunal Patriarcal. El Juez de paz, el Alcalde, el Secretario y los hombres buenos ocuparon su lugar.

Se abrió el juicio, y Marcos seguía vacilando en la galería inmediata a la sala.

María del Pilar y el señor Eusebio habían sido citados como testigos. Marcos, al verlos, sintió vergüenza de sí mismo.

El paso de la pobre madre, torturada por los sufrimientos, cayó también en la conciencia del culpable como la más terrible acusación.

Perico, que ocupaba la delantera del público, con su novia, junto a la madre de Sebastián, cuyo llanto no cesaba un momento, no admitía la suposición de que condenasen al detenido.

—¡Que no *pué* ser! ¡Que no *pué* ser y que no *pué* ser!—gritaba.

—¿Te vas a callar, Perico?—repetíale Filo.

Y si Perico se callaba era para volver a gritar al poco rato. Estaba indignado. ¡Su pobre amigo iba a sentarse en el banquillo de los delincuentes!

El Juez ordenó que se presentase el acusado en tanto que “el cachico de pan” preparaba a la clemencia el ánimo de sus compañeros.

Comenzó el interrogatorio.

—¿Juras decir la verdad?

—¡Juro! Me confieso culpable del delito de que se me acusa.

Perico gritó como un energúmeno que eso era mentira, que no podía ser verdad, que no le daba la gana de creerlo.

El alguacil hubo de intervenir, y Perico se calló... un ratito más.

Llamado a declarar, el señor Eusebio reconoció como suyas las joyas encontradas encima de Sebastián cuando éste fué detenido al saltar por el balcón de su casa, y a los sollozos de la madre del preso se unieron las protestas de Perico.

El alguacil amenazó al alborotador con echarlo a la calle.

—¡He dicho que no *pué* ser y no *pué* ser! ¡A ver cómo lo voy a decir!

—Cállese, le digo!

—Pues no me callo, qué *recontra*!

Y el que optó por callarse fué el alguacil.

El Juez ordenó que entrase otro testigo. Este fué María del Pilar.

Los que estaban en el secreto de los amores de María y Sebastián, esperaban con ansiedad aquel momento.

Al volver la cara hacia su antiguo novio, los sollozos ahogaron las palabras de la moza.

—¡Yo no sé nada, yo no he visto nada!—declaró, extrañándose de ello el señor Eusebio, que no comprendía aquella actitud de su hija.

El Tribunal, sorprendido de aquella negativa inesperada, deliberó un momento.

María del Pilar cruzó su mirada con la de Sebastián, y creyó ver que los ojos del mozo la reprimaban. ¿Qué misterio había en aquel reproche?

El Jurado, en vista de la actitud de la testigo, la permitió retirarse del estrado, y María del Pilar lo hizo llorando por aquel amor que la fatalidad había matado para siempre.

La conducta de María produjo la tácita aprobación del párroco del pueblo, y el entusiasmo de Perico, que aplaudió con toda su alma... y que estuvo a punto, más a punto que antes, de ser arrojado de la sala; calmándose únicamente con una condición: que no condenasen a Sebastián. Si lo condenaban, habría que oírle protestar.

María del Pilar sentóse al lado de su padre, en el banco de los testigos, y fué inútil que el señor Eusebio, extrañado en grado sumo, pidiera explicaciones por su negativa a deponer en contra de Sebastián.

El acusado sufría tanto, que no estaba dispuesto a seguir un momento más allí. Levantóse y

dijo al Tribunal, suplicándole que hiciera justicia:

—Si mi culpa está ya más que probá, condenadme y no me hagáis sufrir.



...aplaudió con toda su alma...

Aquellas palabras hicieron comprender a María del Pilar que allí pasaba algo para ella inexplicable. ¿Por qué tenía Sebastián tanto interés en ser condenado?

Mientras tanto, el único culpable, luchando con sus sentimientos, los buenos y los torcidos que todos llevamos dentro, oyó la copla que unos mozos que iban de broma echaron al aire, y que él un día oyera como una acusación:

*El hombre que no sea bueno
y noble de corazón,
no merece ser hermano
de los hijos de Aragón.*

Y como si la copla le hubiese hecho ver claro el camino a seguir, entró en la sala, y gritó:

—¡Basta! ¡Ese hombre es inocente!

Y ante la sorpresa de todos, confesó Marcos la verdad, terminando su relato con un solemne juramento.

La alegría fué indescriptible. Perico se volvía loco de contento. La señora Tomasa no creía en tanta dicha. Y María del Pilar, desbordando su amor por sus labios, dijo a su padre:

—¿Lo ves, padre mío? ¿Te convences de que Sebastián no es malo?

Y Sebastián fué absuelto. Y la moza que tanto sufrió callando su amor, olvidóse de guardar por más tiempo el secreto del mismo, corriendo al encuentro de su novio, comprendiéndolo todo el señor Eusebio.

Marcos, avergonzado y sin fuerzas para sopor tar tanta felicidad, aprovechó la alegría de todos para huir.

Pero Sebastián, enterado por Perico de que su rival había huído, salió en su busca, y todos se disponían a presenciar una disputa.

Los dos mozos se miraron noblemente.

Marcos murmuró, cabizbajo:

—Déjame que me vaya, Sebastián; estoy avergonzao y me marchó pá siempre de este pueblo.

“El cachico de pan” tomó cartas en el asunto.

—No seas niño, Marcos; aquí nadie te guar

da rencor. Los hijos de Aragón no saben de rencores ni de dios. ¿Verdad que le perdonas, Sebastián?

—Dame esa mano, Marcos... y olyidemos.

—Gracias, Sebastián; eres mejor que yo.

El señor cura prosiguió, conciliador con todo el mundo:

—Lo *ocurrió* es que Sebastián quería a una mujer, y tú, Marcos, la deseabas. El amor nos lleva al sacrificio. El deseo es un mal consejero de los hombres, pero como los dos sois hijos de Aragón, habéis *procedido* con la nobleza que es el signo de esta raza.

El señor Eusebio también tenía algo que decir.

—¿De modo que os queríais y me guardabais el secreto?—riñó cariñosamente a los novios.

—¡Oh, padre!...

—Vamos... vamos... ¿y pá cuándo habéis *decidido* el casamiento, mañicos?

—Pá cuando lo diga la madrina, que está aquí—repuso Sebastián señalando a su madre.

—¡Música! ¡Música!—gritaba Perico, aprovechando la alegría general para “aprovecharse” con Filo.

Y vuelta la felicidad y la calma en los corazones, Sebastián y María buscaban los más apartados lugares para decirse, mientras llegaba el día de la boda, las más dulces palabras de amor...

Bueno, sí; no hacían más que imitar a Perico y a Filo. ¡Los hay envidiosos!

FIN

Ha sido revisado por la Censura

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA